



Crisis global Dilemas de un escenario complejo.

Por Martín Lardone



Si algo ha dejado en claro la crisis global que atravesamos desde hace algunos meses, por si no lo sabíamos, es la incapacidad de los mercados de autoregularse, de alcanzar por ellos mismos los puntos de equilibrio, tan preciados por la ciencia económica. En efecto, la crisis ha renovado un importante debate, y una demanda efectiva de acción, sobre el rol que los Estados deben cumplir para sostener el crecimiento económico y el desarrollo, o al menos para mantener girando la rueda de la economía. Por cierto, este debate dista de ser nuevo en la ciencia social, pero luego de un par de décadas de neoliberalismo, y de reinado del capitalismo financiero, muchos de sus supuestos han sido cuestionados en el debate público. Sin embargo, la principal novedad del debate, es que no se trata de un mero regreso a las viejas recetas keynesianas para reactivar la economía, ya que la globalización económica impone una serie de restricciones al accionar de los Estados, que hablan de la insuficiencia de sus mecanismos para enfrentar la magnitud de la crisis. Pareciera ganar evidencia el hecho de que frente a una crisis económica global, se requieren respuestas políticas globales, lo cual, como vemos, es altamente complejo de lograr. Ahora bien, la pregunta en este punto es que pasa con nuestra pequeña aldea en el marco de semejante crisis global. El primer reflejo de nuestro gobierno nacional ha sido el negacionismo, es decir, el intento voluntarista de generar



confianza a partir de la afirmación de que la economía argentina reposa sobre bases solidas, con crecimiento ininterrumpido, superávit fiscal, una estructura de deuda manejable, entre otros argumentos. Como es evidente, este intento no va mas allá de una expresión de deseos, de parte de un gobierno que se ha dedicado sistemáticamente a destruir todo vestigio de institucionalidad que pudiera proveer a la economía de cierto marco de previsibilidad, y por ende de confianza (caso INDEC, entre otros). El 2009 es un año particularmente complejo, en este sentido, pero es preciso comprender que a la complejidad de la crisis global se le agregan una serie de elementos domésticos que lo convierten en un escenario aun más volátil.

La principal característica de este año que comienza es la combinación de una situación de crisis económica con un escenario político partidario sumamente fragmentado, frente a un panorama electoral que se anuncia complicado para el oficialismo. Una serie de variables se entrelazan en ese escenario, tal como lo muestran situaciones similares anteriores. Una crisis económica que seguramente trascenderá la posibilidad del gobierno de controlarla. Parece ser poco lo que el gobierno nacional puede hacer frente a una crisis global cuyas variables no controla, y son principalmente exógenas. Otra variable que el gobierno no puede controlar completamente es el proceso de convergencia entre actores de la oposición. Pero aun más, el oficialismo comienza a tener dificultades crecientes para aglutinar al propio peronismo, y los espacios de disidencia interna son cada vez más evidentes. Ciertamente, la incapacidad creciente de parte del gobierno de incidir en ambos procesos políticos está fuertemente conectada con la crisis económica, y con los límites fiscales que dicha crisis establece. A nadie escapa que el disciplinamiento de los Gobernadores y/o líderes territoriales del propio peronismo, y de los eventuales radicales K, no obedecía a una profesión de fe doctrinaria K, sino mas bien a la necesidad de contar con recursos federales (de distribución cada vez mas discrecional) para hacer frente a las necesidades de gestión en sus respectivos distritos.

Pero veamos estos tres factores por separado. En primer lugar, con respecto al peronismo, luego de experimentos frustrados de transversalidad partidaria, el Gobierno ha optado por una estrategia política más "tradicional" al intentar apoyarse políticamente en el peronismo. La hipótesis de que la transversalidad era un plan B del Gobierno respecto de su dificultad de controlar al conjunto del peronismo es perfectamente plausible en este sentido. Sin embargo, la dificultad de controlar al peronismo se ha hecho más evidente a partir de la crisis por las retenciones, producto de una dinámica que el Gobierno nacional probablemente no alcanzo a comprender, quizá por sobreestimar su capacidad de controlar lealtades a partir del control de recursos fiscales federales. Lo que evidentemente no previeron lo suficiente, es que los Gobernadores también se deben a sus electorados locales, y esto les plantea un dilema de supervivencia política, entre apoyo electoral y recursos fiscales, que no siempre se resuelve a favor de estos últimos. Ahora bien, si la crisis por las retenciones operó como punto de inflexión en esta historia, la situación actual, en la que los principales actores del peronismo perciben claramente el ciclo descendente del periodo K, potencia estas fuerzas disgregacionistas. Digámoslo simplemente: a un líder provincial peronista, el apoyo K ya no le aporta recursos fiscales interesantes, y en muchos





distritos hasta le agrega impopularidad, con lo cual, el incentivo para mostrar públicamente distancia con el Gobierno nacional es cada vez mayor. Así, las gestiones del propio Néstor Kirchner para tratar de colocar sus candidatos en las listas legislativas no han dado mayores resultados, al menos en los principales distritos electores del país.

La segunda cuestión, es la de la oposición. En un sistema de partidos que ha sufrido una implosión de magnitud, como ha sido el caso argentino, el proceso de reconfiguración de las alianzas políticas deviene un proceso altamente personalista. A excepción del radicalismo y del socialismo, que parecieran, aun con dificultades, resistir a las presiones de un escenario político sin partidos, el resto de las fuerzas se mueve en vectores personales, lo cual le agrega al escenario complejidad pero por sobre todas las cosas, imprevisibilidad. La consistencia de ciertas convergencias, parece depender, por momentos, más de estos personalismos, que de acuerdos procesados institucionalmente entre partidos organizados.

Tenemos, en definitiva, y por lo pronto, un escenario político electoral que se divide con más o menos claridad, en tres polos. Un polo oficialista / gubernamental; un polo en el que convergen el peronismo disidente estimulado por el encuentro entre Solá - Macri - Narváez; y un polo opositor no-peronista articulado por la UCR, más el socialismo y Carrió, entre otros. La evolución de este escenario es compleja, sobre todo si miramos en el plano territorial, ya que la traslación distrital de estas convergencias no es lineal ni automática. Hay más preguntas que respuestas. ¿Cuál será la relación del polo peronista disidente, predominantemente bonaerense, con el resto de los líderes provinciales del peronismo que aun hacen equilibrio entre el Gobierno nacional y sus imperativos políticos locales? ¿Cuál será la traducción distrital del polo no-peronista que no necesariamente se traduce o se lee en términos nacionales, como lo acaba de mostrar el caso de un distrito clave como Córdoba? Lo que si pareciera ser inevitable es que el gobierno pierda su mayoría en el Congreso nacional. Lo que aun no sabemos es si enfrente habrá una oposición relativamente articulada, o una dispersión de fuerzas desarticuladas. Si fuera el segundo caso, el gobierno tendrá aun, cierto margen de negociación, aunque mucho más caro que el que tiene actualmente, en términos de costos de transacción.

La relación entre crisis económicas y políticas es de larga data. El gobierno necesita más recursos para desarrollar políticas anticrisis, pero a su vez, más recursos para contener la dispersión partidaria. Un dilema difícil de resolver, en general, pero aun más en un contexto de crisis global como el actual. La eficacia para controlar el problema económico depende mayormente de la profundidad del problema global y de sus efectos sobre la economía argentina, variable que ningún gobierno nacional puede controlar en este contexto. El escenario es, en definitiva, volátil. En estas situaciones es cuando sería deseable tener un sistema de partidos estable, con capacidad de procesar acuerdos de mediano plazo, y políticas de Estado para hacer frente a la crisis. La realidad es bien distinta. El realineamiento de las fuerzas políticas durante los próximos meses, y la intensidad de la crisis internacional, serán claves para entrever como se comienza a organizar la alternancia política y la reinserción de la economía argentina en el orden global.